

LA RISA,

ENCICLOPEDIA DE ESTRAVAGANCIAS.

CONTINUA EL EXPEDIENTE POÉTICO-PROSAICO.

*Sumaria de pobreza que presenta
la parte interesada en esta cuenta.*

TESTIGO }
RITA FA- }
RANDÓLA. } Queriendo cumplir hoy lo que promulga
el auto pronunciado ayer mañana,

presentó por testigo nuestra Juana
á Rita Farandóla, alias, la Pulga:
la cual con la viveza de su apodo,
enterada que estava ya del cuento,
y previo el oportuno juramento,

soltó la lengua hablando de este modo:—
«Que es cierto que conoce á la Rodrigo,
y que es tan infeliz... tan desgraciada,
que la ha visto comer pan de cebada
por no poder comprárselo de trigo:
que su escasez es tal y su penuria,
que no tiene mas ropa que la puesta,
y aun si la pobre hacerse pudo esta,
fué lavando la de otros en el Turia:
que todo su equipaje verdadero
en verano, en invierno y en otoño,
se reduce á las prendas de su moño,
á la cama, tres sillas y un pandero;
y aunque alguno lo dicho en chanza tome,
ó crea exagerado tanto apuro,
lo que es cierto, verídico y seguro,
que pasa nada mas... de lo que come.»

Esto dijo la Pulga vocinglera,
cuya edad no se sabe á punto exacto,
puso una cruz por firma, y en el acto
sin decirnos—adiós—se marchó fuera.

En vista de lo cual su Señoría,
despues de haber firmado yo el notario,
al pié de este papel semi-calvario
hizo otra cruz junto á la firma mia.

OTRO TES- }
TIGO JUAN } Insigniando esta parte en su gran prisa,
CANDILES. } sin transcurrir siquiera el menor rato,
encajo dentro en mangas de camisa
al tio Juan Candiles, vulgo, el Chato:



quien apesar que en buenás conjeturas
con su apellido ofrece muchas luces,
despues de haber jurado con tres cruces,
nos dejó con sus dichos casi á oscuras.
Su modo de espresarse fué el siguiente:—

«Que le es en sumo grado cosa estraña
verse él solo llamado á tal campaña
habiendo en este pueblo tanta gente:
que en su declaracion será conciso
por mas que esto le duela al escribano,
pues su trato con Juana es tan lejano
cual un patio lo está de un tercer piso
que no puede decir qué hay en su casa,
ni si á jornal trabaja ó á destajo,
ni si lo pasa mal, ó bien lo pasa,
porque ella vive arriba, y el abajo.»

Aquí selló su labio el que declara,
y apesar de que el brazo del alcalde
le amenazó, y aun casi... con la vara,
contra el Chato fatal todo fué en balde.
Ni aun siquiera firmar quiso este escrito,
aumentando con ello sus deslices,

195

Ante mi
Maxcos Gafarín

mas no creyéndole jurisperito....
lo hicimos yo y el otro en sus narices.

177
+
Ante mi.
Marcos Gafaut

Otro, MARCOLFA N. LA CANARIA. A fin de remachar esta sumaria con todos los bemoles de la solfa, tomó parte en la misma una Marcolfa llamada vulgarmente la Canaria. Juró tambien por Dios y por los santos con ademán contrito y reverente decimos la verdad tan solamente en el trino y gorgojo de sus cantos; y tras de estos preludios y protestas, haciendo con sus alas muchos mimos, á las varias preguntas que la hicimos fué dando de esta suerte sus respuestas:—
«Que desde su mas corta y tierna infancia conoce á la mujer de que se trata, y en verdad en verdad que hablando en plata ni le envidia, ni arrienda la ganancia; que no goza mas bienes, que sus males, que por cierto le sobran no pequeños, pudiendo asegurarse que ni en sueños vió juntos en su vida treinta reales. Que las rentas, haberes y productos, de que es dueña la Juana referida, se deslizan por varios acueductos, dó se gana, lavando, la comida.»
Dijo aun mas la volátil declarante con su acento ridiculo y parlero; pero Marcos lo deja en el tintero, creyendo que lo dicho es muy bastante. En suma la Canaria cerró el pico, firmando con sus garras de lechuza; el alcalde no firma, pero cruza, y yo en vez de dar fe.... lo certifico.—

178
+
LA CANARIA
Ante mi.
Marcos Gafaut

DILIGENCIA. | Tratando de apurar yo si quedaba algun testigo, María Juana Rodrigo me ha contestado que—no. Viendo pues que ya acabó con su prueba y mi paciencia,

en el acto y con urgencia pongo la pluma en la mano, y como buen escribano lo firmo por diligencia.

179
Marcos Gafaut

ACTO EN VISTA.

Caladas sus antiparras, muy serio, formal y tieso, en vista de este proceso dijo el alcalde de marras:— Ya que observo, miro y tomo que la parte interesada lo que disfruta es tan poco que casi no tiene nada; dígase lo que se diga, sin perjuicio y por ahora declaro á dicha señora pobre, y si quiere, mendiga. Y en cuantas partes ó partos pida el auxilio curial, sírvasele como á tal, y con papel de á dos cuartos: nombrando para el debate, ya que el turno los atrapa, al escriba Braulio Uñate, y al fariseo Garrapa.»

Ved aquí ni mas, ni menos lo que acordó su mercé, él solo, y sin hombres buenos; de todo lo cual.... doy fe.

180
+
Ante mi.
Marcos Gafaut

DILIGENCIA DE NOTIFICACION SIN RESULTADO.

Juana, he venido á buscarte, y á decirte lo que pasa, pero no te encuentro en casa, porque estás.... en otra parte. Y ya que este trabajo no se cobra, pondré la media firma, y aun te sobra.

181
Gafaut

NOTIFICACION.

Aunque de cólera estaba, (dije yo para mi capa) entraré donde le balle al procurador Garrapa; y en esto.... le vi en la calle. Causóle gran sorpresa esta noticia, porque es hombre enemigo del trabajo,

mas temiendo el furor de la justicia, murmurando entre dientes firmo abajo.

El maestro Pablo Garraga

182

Maxcos Gafaró

OTRA: | Doy fe de que esta mañana he notificado a Juana.

Gafaró

183

OTRA NOTIFICACION Y FE DE ENTREGA. | Tambien entere muy cauto al amigo, que se liza en el contesto del auto, Braulio Uñate y Lagartijo; a quien entregue en un lio este sumario completo, cumpliendo con el decreto que le nombra en lugar mio.

Y empuñando los dos nuestros tinteros, armado cada cual de negra pluma, debajo de esta resta ó de esta suma pusimos nuestros nombres verdaderos,

184

Braulio Uñate. Maxcos Gafaró

(Se continuará.)

JOSÉ BERNAT BALDOVI.

EXTREMA CONDESCENDENCIA !!! ESPANTOSO FATALISMO !!!



ALLÁBAME en Barcelona tomando café en el del Espejo con un amigo mio que tuvo la bondad de convidarme, y que por esta razon le llamo amigo mio, cuando entró y se sentó á una mesa inmediata, al lado de dos compañeras que al parecer le estaban aguardando, uno de esos hombres gacetas que recogen. Dios sabe cómo, cuantos sucesos políticos y domésticos tienen lugar diariamente en la poblacion en que habitan, y luego los refieren de pe á pa en todos los puntos donde concurren curiosos que no hayan quedado satisfechos con haber aprendido de memoria desde el título hasta el nombre del editor responsable, todos los periódicos del dia. El hombre gaceta que entró en el café en que yo me encontraba, es en su género una verdadera notabilidad. Sube todas las noticias mucho antes que las autoridades que las reciben por extraordinario, de suerte que parece tener á su disposicion un telégrafo invisible, por cuyo medio se le comunican cuantos sucesos ocurren en la Peninsula. Sabe al mismo tiempo dar á las noticias tan rápida

circulacion, que él solo vale mas para el caso que todo el enjambre de ciegos que se destaca de la imprenta nacional apenas ha hecho provision de gacetas extraordinarias. Con mas razon que el *Historiador* podria titularse *todos los periódicos en uno*; y en verdad, no podemos explicarnos cómo á un hombre de esta naturaleza se le permite salir sin hacer depósito, y sin sujetarse á todos los demas requisitos de la ley de imprenta. Y no se crea que se ocupa solamente en noticias que tengan alguna relacion con la politica. Conoce todo el vecindario y los extravagancias de cada vecino, y se complace en davalas á conocer á todos los demas, importándole un pepino de las reputaciones que su lengua sacrifica á la curiosidad de su auditorio. Este es siempre numeroso; los hombres en general desean reirse á costa de sus semejantes, y de consiguiente no es extraño que los cafes, á que habitualmente concurre nuestro hombre gaceta, esten llenos de gente que le aguarda con ansiedad.

Entre varios sucesos y ocurrencias pertenecientes á la crónica local, refirió una anecdota que prueba hasta donde puede llegar la condescendencia de un buen marido.

Pancracio Moron, jóven aragonés, hijo de una casa pobre pero honrada, dejó su familia en Balbastro para emprender en Barcelona la carrera de cirujano sangrador. Su buena madre le adicionó la chaqueta con un par de faldones para elevarla á la categoria de casaca; le hizo poner medias suelas en los zapatos; le equipó con seis pares de calcetines; le entregó dos pares de pantalones de mahon con trabillas de lo mismo, que no tenian de ancho un través de dedo; tres camisas de hamburga; el sombrero menos viejo del padre de su padre; ribeteado de mugre, de anchas alas y de voluminosas dimensiones, como acostumbra usarlo los barberos para meter en él el jabon, las navajas y demas accesorios del arte; completó su estuche con las únicas tijeras que ella tenia para sus labores domésticas, y con lágrimas en los ojos le dió un adios, un abrazo y su bendicion. Pancracio, apenas llegó á Barcelona, se matriculó, sufrió el examen de reglamento y entró de mancebo en una barbería de la calle del Conde del Asalto. Debiendo solo á la navaja sus medios de subsistencia, no gozaba en verdad de comodidades que hiciesen envidiable su suerte; pero tocaba la guitarra como pocos, y esta habilidad le abrió las puertas de un porvenir mas lisonjero que el que tenia derecho á prometerse.

En el primer piso de la casa de enfrente vivia una soltera con mas años de los que ella queria, y con mas gana de casarse que de rejuvenecerse. Habia visto una tras otra pasar del hogar paterno al tálamo nupcial siete hermanas, y se moria de calor y de envidia viéndose condenada á quedar en el mundo para vestir imágenes. Ella era la mayor de la familia, y esta circunstancia la hacia rica, por lo que la hubiera complacido sobriamente si al mismo tiempo no la hubiese hecho virja. Cuantos polvos se han inventado para limpiar la dentadura, cuantas pomadas se han encomiado para conservar el pelo, cuantos cosméticos se han preconizado para desarrugar el cutis, figuraban en el tocador de la solterona, que muy emperejilada y cubierta de perifillos, horas y horas se ponía de cimbel en el balcón, manifestando con los ojos á cuantos pasaban por la calle con sombrero, que allí habia una habitacion desocupada. Nuestro novel barbero fué el único que se dejó seducir por las insinuaciones de Enriqueta. Este era el nombre de la solterona. Notó Pancracio que cuantas veces tocaba la guitarra, Enriqueta alargaba el cuello, como el cisne que busca un caracol en el fondo de un estanque, ansiosa de salvar la distancia que de él la separaba. Supo que era rica y no tuvo necesidad de mas para

cuamurarse como un Torcuato Tasso. Hubo truenos de miradas, gestos mutuos y cenizas romproras; por espacio de dos meses el telégrafo de los dos amantes estuvo trabajando todas las horas de sol que tiene el día. Pancracio no pensaba mas que en Enriqueta, y de tal modo tenia ocupada la imaginación, que cuando afeitaba a algun perroquiano, fijaba la atención tan poco en la operación que estaba practicando, que á menudo le hundía hasta los huesos la terrible navaja.

El amor no es una ciencia especulativa, y todas las teorías le vanan si no puede reducir las á la práctica. Así es que el platonismo de su pasión aburríó muy pronto á nuestros dos amantes, que hijos ambos del siglo XIX, marcharon en derechura á lo positivo. Quisieron emplear otros medios de comunicación mas seguros que los telegráficos, quisieron verse mas de cerca y revelarse verbalmente. Esto no dejaba de ofrecer grandes obstáculos, pero ¿cuales no allana el amor, y sobre todo el amor de una mujer? Con Enriqueta vivía no mas que su padre y una criada; su madre hacia algunos años que habia pasado á mejor vida. El padre y la criada se querían como un cura y su ama, y una criada querida del padre no se deja fácilmente sobornar por los hijos. Al contrario, estos en ella encuentran constantemente un fiscal de todas sus acciones. Así es que Enriqueta no se atrevió siquiera á ensayar ningún medio para romper á la familia, y con su auxilio introdujo á Pancracio en la casa en pensión que estuviese el padre fuera. El padre no dejaba de salir de casa todos los días, como que estaba empleado en el real patrimonio; pero quedaba constantemente la criada hecha un Argos de la pobre Enriqueta. Para el barbero, de consiguiente, todas las puertas estaban cerradas; no veía ningún camino para conducirse á su objeto. Mas Enriqueta, con el ingenio aguzado por el amor, encontró uno y fué el siguiente.

El padre de Enriqueta era un hombre pulcro; en uno de esos vejetes para quienes la vida no tiene invierno, y que hasta á la tumba quieren bajar con las botas limpias y la camisa bien planchada. Afeitábase todos los días, y si no habiéndose hecho la barba no hubiera ido á la oficina aunque le hubiese costado el empleo que, sea dicho de paso, para nada lo necesitaba, y que hubiera venido perfectamente á mas de cuatro infelices que están pereciendo de miseria apesar de su idoneidad y de una luja en que constan sus buenos servicios. Desgraciadamente el padre de Enriqueta se afeitaba solo, y de consiguiente ningún barbero frecuentaba su casa. A hacerse necesario el barbero se dirigieron principalmente todos los conatos de la enamorada niña. Conseguido esto, de modo se la habia ella de manejar que fuere el barbero de su padre su querido Pancracio. Al efecto, en ocasión en que su padre estaba fuera y la criada ocupada en la cocina, entró en el gabinete de aquel, cogió el estuche, sacó las navajas, y pasándolas y repasándolas de corte por el borde de unintero de latón, en breve consiguió mellarlas á inutilizarlas completamente. Luego las volvió al estuche y lo dejó todo como si tal cosa.

Al día siguiente hubo la de Dios es Cristo. Don Emeterio, el padre de Enriqueta, quiso afeitarse; estaba ya enjabonado, abrió el estuche y vió la terrible metamorfosis que sus navajas habían sufrido. En lugar de navajas encontró sierras. Alboroto, rebullido, grito; llamó á la criada, llamó á su hija, fulminó contra las dos vergas muy graves; pero la firmeza con que ambas rechazaron la acusación, dejó á D. Emeterio sin palabra. Bien comienza este que precisamente una de las dos había de ser la culpable, porque en su casa no entraba nadie mas que ellas, absolutamente nadie; pero al mis-

mo tiempo á ambas las juzgaba incapaces de una acción propia solamente de chiquillos, repugnante al carácter de una y otra, y que consideraba sin objeto, porque él no lo sabia adivinar. Apaciguóse, y apenas estuvo tranquilo, le dijo Enriqueta con afectada amabilidad. — Pero, padre mio, ¿cómo lo hará usted ahora sin navajas? ¿va usted á salir sin afeitarse?; cuán feo esta usted así! ¿quiere usted que llamen á un barbero? — Mucho lo siento, hija mia; pero no tiene remedio, que lo llamen. No bien habia dicho estas palabras D. Emeterio, cuando Enriqueta estaba diciendo á la criada; dice padre que voyas á la tienda de enfrente para que venga alguna á afeitarte desde luego. D. Emeterio no habia localizado el punto de donde debia venir el barbero, ni habia dado la preferencia á ninguno; pero Enriqueta tuvo á bien mandar por el barbero de enfrente para..... ahorrar pasos á la criada. En esto no hay malicia.

La criada entró en la barbería, cumplió con su comision y se fué. Pancracio, que ya habia recibido por telégrafo noticia de lo que estaba pasando, salió tras la criada casi pisándola los calcañares. Ambos llamaron á la vez en casa de D. Emeterio; Enriqueta le abrió la puerta y experimentó una sensación inexplicable al ver tan de cerca al objeto de sus ansias. Le pareció hermoso y vestido de última moda. Su corazón saltaba como si quisiera salirse del pecho, y la dió tal temblor de piernas, que casi no acertaba á andar ni á tenerse en pie. Introdujo en el cuarto de su padre á Pancracio, el cual procedió desde luego á la operación por la que habia sido llamado. El buen manco hizo cuanto pudo para grangearse la confianza de su futuro suegro, y realmente lo consiguió. Aquella rapadura fué una obra maestra del arte. Prendióse D. Emeterio de la ligereza de la mano de Pancracio, de suerte que le asalario para lo sucesivo y le pagó un mes adelantado, que el manco hubiera rehusado de fuera gana, si no hubiese tenido revelar con su generosidad el amoroso interés que debia disimular á toda costa.

Tenia Pancracio un no sé que de bondadoso que fácilmente cautivaba todas las voluntades. Así es que á los pocos días de frecuentar la casa de D. Emeterio, logró hacerse á los ojos de este simpático sobremasera. Cuando tuvo el terreno bien preparado, aguijado por su amor y por las exigencias de Enriqueta, pidió la mano de esta á su padre, que no solo se la rehusó, sino que le echó de su casa á rajás desempladas. Sin embargo, por esto murieron las esperanzas de los dos amantes. El amor de Enriqueta era demasiado profundo para sacrificarse á las exigencias paternas, y el de Pancracio estaba cifrado sobre cálculos demasiado positivos para ahogar en su corazón á, por mejor decir, en su cabeza; pues mas era amor de cabeza que de corazón, sin haber antes procurado vencer cuantos obstáculos se le oponían. Volvieron los dos enamorados á establecer sus telégrafos, como único medio de comunicacion que les quedaba y del cual se vieron tambien privados á los pocos días. Mandó el padre cerrar todos los balcones que daban á la calle, y prohibió á su hija formalmente abrirlos aunque pasase el viático. Estas medidas rigurosas y escepcionales no hicieron mas que avivar la pasión de la muchacha, que no pudiendo sobrellevarla, empezó á ponerse flaca como un cadáver hasta el extremo de dar á su padre mucho cuidado. Esta circunstancia, el cariño que habia profesado á Pancracio y la fatalidad de no haber encontrado otro barbero que con tanta maestria le hiciera la barba, le obligaron por fin á acceder á la voluntad de los dos amantes; lo que hizo despues de haber consultado la de la criada y haber obligado á admitir á Pancracio las dos siguientes condiciones: afeitarte todos los días con

que estuviese casado con su hija, y vivir con esta separados de su casa. Esta última condición fué atribuida por el vulgo murmurador á la criada, que sin duda la impuso para obrar mas á sus anchuras con su amo y participar mas abiertamente de su soberanía.

Pancracio y Enriqueta se casaron. Dichosos ellos! decían los hambrientos condiscípulos de Pancracio que solo en las riquezas veían la felicidad; ¡Desgraciados! decían los que solo la veían en la posesión de la hermosura. Nosotros nada decíamos. Si fueron desgraciados ó felices, poco tardaremos en saberlo.

Enriqueta era rica. Su padre tenía muchas fincas urbanas y rurales que todas debían pasar á su poder y de este al de sus hijos, si tenía la fortuna de tenerlos. De otra suerte todos sus bienes pasaban á su segunda hermana, y en este caso el marido si la sobrevivía se quedaba, como suele decirse, á la luna de Valencia. ¡Cuán grande, pues, le debía ser el empeño de Pancracio en tener hijos! Su mujer no gozaba de muy buena salud, y por otra parte tenía mucha mas edad que él, por lo que según todas las probabilidades debía sobrevivirle. Sobrevivirle y volver á la vida de pobre despues de haber gozado todas las comodidades que las riquezas proporcionan, era una cosa á loez, una cosa que solo el pensarla le hacia estremecer. ¡Qué no hizo el buen Pancracio para tener sucesión! Al primer año de matrimonio su mujer se hizo embarazada y abortó; al segundo le sucedió otro tanto, y otro tanto al tercero, hasta que por fin pasó otros tres sin dar la mas mínima señal de fecundidad. Pancracio estaba desesperado. Se asesoró con todos los facultativos de mas nota; hizo mudar aires á su mujer, la obligó á visitar ciertas capillas y á beber ciertas aguas á que atribuye el vulgo supersticioso las mismas facultades que al Espíritu-Santo; pero todo en vano. Por fin, cansado de la infertuosidad de sus tentativas, pasó con su mujer á Galicia, donde dicen que raras veces se enaenentra una mujer estéril. En efecto, establecieronse en Comarinas, y á los dos meses de estar allí, notó Pancracio que el vestido de su esposa por detras crecia y se arrojaba por delante. ¡Qué felicidad! Como el objeto que les detenía en Galicia se habia ya conseguido, regresaron inmediatamente á Barcelona, donde con ansiedad estuvieron aguardando el dia del bautizo. El padre de Enriqueta debía ser padrino y madrina la madre de Pancracio, á la cual mandó este al efecto una buena cantidad de dinero para que se presentase con lucimiento á sacar de pila al futuro fruto de su amor.

Segun cálculos de Pancracio, que debemos suponer exactos, (dijo el hombre gaceta que en 4 de enero del año pasado estaba refiriendo esta anécdota en el café del Espejo.) ayer entró Enriqueta en el sétimo mes de su embarazo. Sabidos son los deseos extravagantes y singulares caprichos de una mujer embarazada, los cuales son tantos mayores, cuanto mas facilmente con ellos se transige. Pancracio, tratando á toda costa de impedir un aborto que hubiera aguada las esperanzas de toda su vida, accedia á los antojos de su esposa con una docilidad de que no hay ejemplo en los años matrimoniales, y si alguna vez manifestaba no hallarse dispuesto á doblegarse á alguna exigencia demasiado repugnante, su mujer le hacia caer á la fuerza amenazándole con el aborto. A esta palabra terrible Pancracio sentía erizarse el pelo y despegarse la carne de los huesos, y le faltaba valor para la resistencia. ¡Cuanto abusaba Enriqueta del dominio feroz que debía á esta amenaza! Largo seria enumerar todos los abusos de autoridad de Enriqueta no menos que los ejemplos de condescendencia que ha dado el buen Pancracio, y que el hombre gaceta refirió con óptima de sus oyentes; por lo que yo en obsequio á la brevedad, me contentaré con exponer uno que

vale por todos, y que tiene la circunstancia de ser el mas reciente.

En la tarde del dia en que entró Enriqueta en el sétimo mes de su embarazo salió á pasear con su esposo, por haberla aconsejado los médicos que hiciese diariamente un rato de ejercicio moderado para precaver el aborto. Ya casi era noche, cuando volviendo á su casa por una de las muchas travessas que desembocan en la magnífica calle del Conde del Asalto, al tibo resplandor del último crepúsculo divisó Enriqueta los tristes despojos de un gato muerto. Tambien las miradas de Pancracio tropezaron con aquella asquerosa carroña y se desviaron con horror. Como es natural, los dos esposos siguieron adelante su camino; pero apenas habian dado cuatro pasos atras, en la acera de la derecha, un conejo muerto?—No tal, si es un gato.— ¡Ay! ¡un gato! ¡qué gusto! Vamos á buscarlo, Pancracio.—¿Estás loca?—Vamos á buscarle.—Pero, mujer...— ¡Vamos á buscarle á abortir! Palideció Pancracio; retrocedió los pasos que le separaban del fétido cadáver; le asió lo menos que pudo con



solo dos dedos; le despegó de la acera, y lo presentó á su esposa, revelando sus ascos con un gesto que no se puede definir. Hizo que su esposa acelerase el paso todo lo posible para llegar pronto á casa y desprenderse de aquella carga incura que le pesaba mas que una cadena, sin augurar el desdichado las nuevas calamidades que le aguardaban. Apenas se habia Enriqueta quitado la mantilla, cuando la dijo Pancracio:—¿Qué quieres que haga de este animalito? ¿dónde quieres que lo echemos?— ¡Echarlo, dices! ¿estás en tu juicio? corre, Pancracio, con él á la cocina, desuéchalo, límpialo bien y fríelo.— ¡Cómo! ¿quieres comerlo?—Pues es claro.— ¡Qué horror!— ¡pronto! date prisa.—Es imposible, imposible.— ¿imposible, dices? ¿con qué estás empeñada en que yo aborte?— ¡Oh! no, mujer; Dios nos libre de semejante calamidad; se hará lo que tú quieras; llama á la criada.— ¡Cómo! ¡la criada! ¡lo mismo lo has de limpiar, tú lo has de desollar, tú lo has de freír.— ¡Jamás! ¡jamás! eso es ya demasiado.—No lo hagas, ingrato, no lo hagas... ¡Qué dolores son esos, Dios mio! ¡no hay remedio, yo abortiré! Y se puso ambas manos en la arqueada barriga, y casi sin sentidos se dejó caer en un colchoncillo. ¿Qué podía hacer Pancracio en tal conflicto? Llamo á la criada para que trages agua y vinagre, y mientras

esta socorria á su señora, él se entró en la cocina, desolló el gato, le hizo tajadas, lo lavó, lo frió, y lo presentó en un plato á Escriqueta que ya había vuelto en sí de su desmayo. — Toma, hija, come, le dijo. — Quiero, dijo ella, que comas tú antes una tajada. — ¡Yo! — ¡Bien! ¿no la comas, cruel! mas ¡ay! ¡yo aborte! — ¡Abortas! ¿con que no hay mas remedio que comer yo una tajada ó abortar tú? — ¡Está bien, la comeré, la comeré! Cogió la tajada que le pareció menos asquerosa, y con el estómago revuelto cerró los ojos á la manera del desesperado que se precipita de una gigantesca torre, y consumó el espantoso sacrificio. Luego le acosaron náuseas, su rostro tomó un color terreo, y con voz apagada dijo á su esposa: — Toma, come tú ahora. — Yo no quiero, respondió ella con ira poniéndose de piés. — ¿Pero por qué? — ¡Porque tú te has comido el mejor bocado! — ¡Llévete el diablo! refundió Paneracio entre dientes, y se encerró en su gabinete, donde es fama que hasta las tripas echó por la boca.

Hasta aquí la anécdota tal como la contó el hombre gaceta. Ahora yo debo añadir que Paneracio Moron era el mismo hombre con quien estaba yo tomando café. Por esta razon sin duda, no queriendo ser testigo de las afrentosas risas de los concurrentes, apenas oyó que el hombre gaceta pronunciaba su nombre y apellido, se zampó de un sorbo todo el café que le quedaba en la taza, se levantó, dió un napoleon al mozo, y sin esperar que le dieran la vuelta se escurrió como un raton acosado y me dejó sin decirme adios. Sin volverle á ver pasé dos meses, al cabo de los cuales le encontré abismado en profundas meditaciones en un extraviado sendero de la montaña de Montjuí. Me pareció que estaba muy melancólico, y preguntándole la causa de su tristeza, me respondió que no podía por mas tiempo sobrellevar el peso de la vida. Me dijo que cuando estaba persuadido de que su mujer había entrado en el noveno mes de su embarazo, los médicos acababan de disipar todas sus ilusiones, asegurándole que su esposa no estaba embarazada sino hidrópica. ¡Qué horror! dije yo entre mí, ¡aprender esta verdad terrible despues de haber comido gato para evitar un aborto!

Al día siguiente entré estepeitosas careajadas estaba el hombre gaceta en el mismo café del Espejo refiriendo lo que me había dicho Paneracio el día antes. ¿ Por qué conducto lo supió?

Treinta dias despues el mismo hombre gaceta estaba arrancando lágrimas á un numeroso auditorio refiriéndole la horrorosa catástrofe de un jóven, cuyo cadáver encontraron en la *mar vieja* algunos pescadores. El cadáver estaba expuesto á las miradas públicas en la *Columna* (1). Fui á verle, y reconocí en sus facciones á Paneracio Moron.

Si el infeliz hubiese tardado dos dias mas en quererse suicidar, seguramente no se hubiera conducido á este terrible acto de desesperacion. Los médicos que calificaron de hidropesía la preñez de su esposa se equivocaron de medio á medio. Tan bárbaro fué su diagnóstico, que al día siguiente de la muerte de Paneracio, su mujer dió á luz nada menos que dos hijos rollizos y sanos como una manzana. Parecían un bollo de manteca, si bien uno de ellos nació con un gato en la espalda, á consecuencia sin duda del deseo que tuvo su madre en la época del embarazo y que no pudo satisfacer por haberse zampado Paneracio el mejor bocado.

A. RIBOT Y FONTSERÉ.

Á MI AMIGO

D. Agustin Alfaro.

Dias hace que intentó mi inspiracion quimerista buscar un antagonista de mas veneno que yo.

Me harto de tirar el guante, y no pude hallar el majo por arriba, por abajo, por detrás ni por delante.

Pregunté una vez y cien de algun quimerista el nombre, y por fin me dijo un hombre con cara de hombre de bien:

Yo le diré brevemente donde hay un espadachin tal que le han de dar esplin las señas del combatiente.

Yo busco, repuse al punto, un genio de buenas alas, sin miedo á bombas y balas, alto flaco y rejijunto.

Talento claro y precoz, abortado del Leteo, que me supere en la feo y me aventaje en lo atroz.

Lo que usted quiere es muy raro, me respondió su merced; no obstante ¿conoce usted á Don Agustin Alfaro?

Pues en él de Barrabás hallará la imagen viva, por abajo, por arriba, por delante y por detrás.

Busqué al tal espadachin, y dije nada me empacha, ya tienes á Juan en facha, ponte tú en regla, Agustin.

Aunque me venzas y pises ¿á quién tienes interés? ¿á una fea con parrnés, ó á una bella sin monises?

Tras un silencio profundo vino á escoger lo primero, y yo por blandir mi acero me decidí á lo segundo.

— Hábla tú. — Te toca á tí. — Dá principio. — Empieza tú. — En fin, dado á Belcebú, tomé aliento y dije así:

Aunque tu pecho desea fea con unto de rana, yo diré tarde y mañana Dios me libre de una fea.

Que es camino horripilante donde no hallarás atajo, por arriba, por abajo, por detrás ni por delante.

¿Cuáles serán tus apuros, marido de rica dama, si has de meterte en la cama con un talego de duros?

Quando te empache la fiesta dirás del oro al balago, si buen dinero me trago buenos suspiros me cuesta.

Nunca sospecha una hermosa sabiendo que ha de vencer; la fea tiene que ser por necesidad celosa.

(1) Sitio en el hospital civil de Barcelona donde se depositan los cadáveres desconocidos antes de llevarlos al cementerio ó á la sala de diseccion.

Que aunque adorne con la salsa
del oropel sus contornos,
sabe que entre los adornos
solo hay una piedra falsa.

Dime tú si tendrás relo
por una novela ingrata,
aunque con broches de plata
se encuaderne en terciopelo.

Yo tengo el gusto mas fino,
y no te pienses que cedo
porque me des á Espronceda
con forro de pergamino.

Talento tuvo mayor
el que dijo con solapa,
que bajo una mala capa
se oculta un buen bebedor.

Verdad es, voto al demonche,
que habiendo inmensos tesoros
comerás bien, tendrás toros,
beberás borgoña y ponche.

Mas ¿tendrás gana de risa
si tu mujer se incomoda
y te encaja que á la boda
fuiste con mala camisa?

Por no armar un alboroto
huyo de trance tan fiero,
mujer que tiene dinero
nunca lo echa en saco roto.

No de madres y de abuelas
las ricas hijas exijas,
busca, Alfaro, buenas hijas,
pero no buenas hijuelas.

Que una rica fierabrás
es una planta nociva
por abajo, por arriba,
por delante y por detrás.

Y no presumas que vivo
sin apego á los parriés,
quizá mi desinterés
es interés positivo.

Ya verás tú si mi musa
se va al infierno quizá
en atrapando una ja
de esas que dicen *pantusa*.

Sin que mi ambicion ayara
quiera faltar al decoro,
¿dónde habrá mayor tesoro
que un buen palmito de cara?

Verdad hallarás constante
ya examines mi trabajo
por arriba, por abajo,
por detrás ó por delante.

Si quiero amigos, no es cosa,
los tendré como lo digo,
que todo el mundo es amigo
del marido de una hermosa.

¿La calle de la Montera
quiero andar sin embarazo?
llevo á mi mujer del brazo
y me dejarán la acera.

Pienso estar en candelero,
pues los hombres principales,
ministros y generales
me quitarán el sombrero.

Iré al café sofocado,
tomaré de leche un pozo,
y al ir á pagar al mozo,
me dirá: «ya está pagado.»

Y no podré perecer
como otros en la afliccion,
porque si quiero turrón
lo pedirá mi mujer.

¿Dónde hay ministro de pecho
tan escaso de sentido,
que no ponga «concedido»
á un memorial tan bien hecho?

Si á mas reflexiones subes,
el que tenga la intencion
de darla conversacion
me ha de poner en las nubes.

Dirá el seductor impío
cuando la tienda la red:
¡Qué marido tiene usted!
es intimo amigo mío.

Aunque no me juzgue ducho
me llamará Ciceron,
y aunque me tenga aversion
dirá que me quiere mucho.

Aunque haga versos perversos,
dirá á mi cara mitad:
«bien merece esta beldad
quien hace tan buenos versos.»

Esto mi delicia fragua,
si hago un soneto ¡qué vena!
si un sainete ¡cosa buena!
deja atras al VASO DE AGUA.

Dará á mi mujer espanto,
que me alaben por detrás,
y me querrá mucho mas
sabiendo que valgo tanto.

De suerte que es vano el dolo
de los que están á porfia,
madurando la sandia
que me he de comer yo solo.

En tanto yo no me alejo,
pues teniendo esposa bella,
me estaré mirando en ella
lo mismo que en un espejo.

Enfermedades mayores
serán á mi cuerpo ajenas,
si hay quien endulce mis penas
y mitigue mis dolores.

En fin, no te digo mas
que una bella es lo que priva
por abajo, por arriba,
por delante y por detrás.

JUAN MARTINEZ VILLERGA.

Epigrama.

En ayunas un soldado
por las calles paseaba,
y solo un cuarto llevaba
consigo aquél desdichado.

Descando satisfacer
el hambre que le cutia,
acérese á una mujer
que ¡á cuarto, á cuarto! decia.

Va, llega, destapa un cesto
con sus manos diligentes,
y «¡oh rabia! dice ¿qué es esto?
¡palillos para los dientes!

JOSÉ SEGUNDO FLOREZ.

AMBIGÜ.

Cocido de pescado.

Se pone en el fuego una cacerola con un trozo de manteca, zanahorias, cebollas, apio, nabos y toda especie de legumbres cortadas muy menudamente, se añade el mismo pescado en restos; se moja con un poco de agua; y cuando todo está en sazón, se le añade agua hirviendo con sal y un ramillete. Todo esto se pasa por un tamiz de seda para los usos necesarios.

Cocido simple.

Con agua, vino blanco y tinto, y aun mas frecuentemente con vinagre sazonado con manteca, sal, especias, romero, tomillo, laurel y especias finas, se cuecen los pescados algo voluminosos; y despues de haberlos dejado enfriar, se les echa sobre una servilleta en varios dobleces, haciendo inmediatamente una salsa con aceite, vinagre ó cualquiera otra.

Hay quienes aconsejan se haga hervir por algunos minutos todo lo que ha de servir para confeccionar la salsa de pescado, a fin de comunicarle mas gusto, y que en seguida se ponga en ella el pescado que se ha de aderezar, sobre todo si está tierna y en estado de cocerse en poco tiempo.

Agua de sal.

Se prepara haciendo hervir sal marina comun en agua; se despuoma para sacarla del fuego; y cuando ya está completamente embebida, sea la que fuese la cantidad de sal que se haya empleado, se pasa para servirse de ella en caso necesario; y cuanto hubiese habido de demasiada sal queda en el fondo de la vasija.

Adobo cocido.

Será este de carne, cuando con los mismos aromas que para el cocido simple de que acabamos de hablar, se añade el caldo preparado con carne y vino blanco ó tinto, el que no debe tener mas que una hora de cocimiento. Será de vigilia, cuando en vez de caldo no se eche sino agua; y aun en lugar de caldo se puede hacer uso del vinagre ó del agroz.

Sábalo.

Se adoba en aceite, al que se añade sal, pimienta, perejil y cebollas picadas: se pone en la parrilla y se sirve con una salsa blanca con alcaparras, ó bien con un puré ó sustancia de acederas.

Sábalo en salsa.

Se sirve este pez con salsa blanca, como se ha dicho, ó solamente con aceite.

Anchoas fritas.

Se destie suficiente cantidad de harina con vino blanco, de modo que tenga bastante consistencia, y se añade una cucharada de aceite; se meten en este pebre las anchoas, despues de haberlas desalado, y se dejan freir por bastante tiempo para servir las calientes entre dos servilletas.

Las anchoas para ensalada y otros preparaciones en que se guste de ellas, deben colocarse como lo hemos indicado en los tratados de platillos. Véase este artículo y el de manteca de anchoas.

Anguila.

Son preferibles las de río que tienen la espalda parda y el vientre blanco. Las de estanque tienen un color destuadrado y saben á cieno.

Anguila asada.

Hecha trozos de seis pulgadas, y mechados con tocino delgado, despues que se hayau echado en adobo, se dejan escurrir y se ponen en un asador con un trozo de miga de pan del mismo tamaño, colocado entre cada trozo de anguila; y así se irán bañando con manteca. Cuando esten ya aderezados, se sirven con una salsa de pimienta. Tambien se puede no mechar la anguila y servir la con una salsa picante.

Anguila mechada.

Se la mecha con tocino delgado en toda la extension de su lomo, y por medio de un bramante pringado se la dispone en círculo para ponerla en el hornillo y servir la con toda especie de aderezo. Se puede tambien empanarla si se quiere.

Anguila à la tartara.

Se las quita el pellejo, despues de haberlas destripado, y se las hace trozos mas ó menos gruesos, echándolos en adobo; se les pasa luego por manteca, ó inmediatamente por huevo friéndolos para servirlos con salsa simple ó verde.

Barbo y barbillo.

Se prepara como la mayor parte de los demas pescados y se frien ó ponen en parrillas. Véanse estas preparaciones en el artículo de la Carpa.

Abadejo.

Se toma un trozo de buen abadejo, y se le pone en agua por veinte y cuatro horas para desalarlo y ablandarlo, y en seguida se pone al fuego en una olla, advirtiéndole que se debe retirar inmediatamente que empieza á hervir; se pondrá en seguida en una cazuela manteca, aceite, perejil y ajo, que se dejará desleir á un fuego moderado. Entre tanto se limpia el abadejo que se hace pedazos, despues se pone en la cazuela, y de tiempo en tiempo se le echa aceite, manteca ó leche. Cuando esté ya espeso, se menea por mucho tiempo la cacerola sobre el fuego, lo que hace que el abadejo se reduzca á una especie de nata. Si se quiere verde, se majan espinacas que se substituyen al perejil.

Dorada.

Pescado sumamente chato que por lo regular se asa en parrilla para servirle con una salsa blanca de alcaparras ó de acederas.